

V Certamen Literario "Del Vino y la Viña"
Cofradía del Vino de Navarra 2008

1º Premio narrativa.

“Olite, ciudad del vino” - Ayuntamiento de Olite

“La dulce dicción de la ebriedad”

de Miguel Sánchez Robles

Miguel Sánchez Robles, Caravaca de la Cruz (Murcia). Este autor tiene en su haber premios de reconocido prestigio tanto en poesía (Ciudad de Irún, Miguel Hernández, Rosalía de Castro, Barcarola, Bahía, Esquíó...) como en narrativa (Ignacio Aldecoa de cuentos, Fray Luis de León de novela, Julio Cortazar de narración breve, Camilo José Cela). Además tiene varios libros publicados como *La tristeza del barro*, *Síndrome de tanto esperar tanto*, *Palabras para un tiempo sin respuesta*, *La perra diecinueve*, *El Tiempo y la Sustancia*, *Cuento cosas del huésped que me habita...*

DE LA DULCE DICCIÓN DE LA EBRIEDAD

Lema: Salvación

(Miguel Sánchez Robles)

Querido Dios:

Adoro el vino el blanco y la ebriedad y la vida. Adoro las síntesis omnicomprendidas del mundo. Adoro mis canas de maestra jubilada que algunas tardes, mientras se pone el sol, descorcha una botella fría de vino rosado o blanco y se la bebe muy despacio mirando por las ventanas cómo pasa la gente y sintiendo unas enormes ganas de llorar de gozo y alegría de estar viva. Eso he hecho esta tarde, querido Dios, antes de escribirte muy ebria esta carta como queriendo mucho tratar de hablar contigo por un teléfono blanco o algo así, beberme más de media botella de vino a palo seco. Siempre que estoy así anheló mucho hablar contigo y echo de menos un teléfono blanco para hacerlo. Siempre que veo uno de esos hermosos teléfonos blancos antiguos, sueño con hablar algún día desde él contigo. Punto y aparte.

Hoy quiero decirte cosas, pero no sé muy bien por dónde empezar. Mira, voy a empezar así, Querido Dios. Dos puntos. Si hubiera sola un águila muy alta en la que pudiera vivir una persona quieta, me gustaría estar allí. Quiero que lo sepas y que sepas también que hoy me han diagnosticado grasa en los músculos cardiacos. Pero te escribo esta carta en la que no voy a emplear ni una vez más la palabra tristeza para decirte que deberían llover lágrimas de amnesia cuando el corazón pesa mucho y está cansado. Deberían llover pedazos de anestesia o haber puentes de niebla hacia un país de azúcar donde no estamos nunca. Debería haber un templo que perdonara el dolor que producen en el pecho las grandes síntesis omnicomprendivas y las cosas que con la edad se nos han quedado en el alma para arañárnosla. Querido Dios, ¿Por qué amamos lo que huye? ¿Por qué yace en las tumbas el ser humano a solas? ¿Por qué el tiempo devora los seres y la risa y la memoria? ¿Cuántos kilómetros hay entre tus ojos y los míos? Cuando yo tenía nueve o diez años soñaba por las noches con un país de azúcar. En mi país del azúcar todos los instantes eran azul claro, la gente volaba en aeroplanos de hojalata y el aire movía cometas de celofán sobre olas de cereal ámbar. Me encantaba pensar esas cosas. Yo era feliz estando aquí. Yo era muy feliz estando, simplemente estando. ¡Ah, la niñez! Como leí una vez en "Ocnos" de Cernuda: *"¡Años de niñez en que el tiempo no existe! ¿Cuántos siglos caben en las horas de un niño?"*

Ahora ya no soy ni niña, ni dama, ni muchacha. Ahora soy siempre como esa mujer de la película "Mi vida sin mí" que llora en el supermercado porque no queda *capucchino commoution*. A veces sueño que vuelo sobre un campo de amapolas, sobre el Cirque du Soleil o ciudades brasilia. Puesto que nada dura y la gente se muere, nos morimos, yo vuelo cuando sueño y me pregunto por qué amamos lo que huye, por qué no quedan cosas y yo tengo que matar los fines de semana jugando al scrabble o haciendo tanto aerobic en el Hogar del Pensionista de Santa Coloma. Es tan bonito estar viva. Es tan bonito pensar esto mientras has cerrado los ojos para soñar un poco después de la dulzura de la ebriedad del vino blanco tomado poco a poco a palo seco, toda la tarde poco a poco, una botella muy fría más de media mitad a palo seco. Es tan bonito seguir

amando cosas. Querido Dios, yo amo mucho lo que huye y lo que fuimos. Amo mi infancia muerta y la belleza marchita de los rostros adultos de la gente que pasa por la calle. Amo los sueños rotos y perdidos. Amo a los mendigos que piden limosna como un asno pasmado debajo de la lluvia. Amo a las mujeres ancianas, como yo, que se parecen un poco a la madre de "Psicosis" y se ponen abrigos de pieles y van con ellos puestos a misa de siete por la tarde y al volver a casa compran torrijas en una confitería y se las llevan en un paquete de papel colgado de los dedos por el cordón del precinto. Y también adoro esos instantes en los que el alrededor de tu vida vuelve a ser azul claro y entonces vas a la peluquería y te pones unas bonitas mechas blancas o te compras unas buenas bragas rojas de algodón o te decides a escribir esa carta rara e imposible que todos hemos querido alguna vez escribirte y que yo siempre le mandaba a los niños de la escuela como un ejercicio mas de redacción en mayo, siempre en mayo. Y sobre todo te escribo porque últimamente lloro demasiado en el asombro de haber envejecido. ¿Tú sabes lo que es envejecer, Dios? Te lo voy a contar un poco. Dos puntos.

Envejecer es que te vaya pesando más el corazón y sentirte como un puma con un radiocollar cuando vas a la farmacia con un puñado de recetas en la mano o cuando tienes que tomarte la tensión y el médico te dice que no comas esas napolitanas de crema que te gustan mucho. Te sientes como si tuvieras la sangre vacía y sin embargo tienes que tomar Sintrón de por vida para que no se te coagule y te vuelvan a dar trombos en la pierna o en sitios mucho peores que la pierna. Envejecer es muelas que duelen, tiempo detenido, haber perdido el ensueño de lo porvenir y sólo quedarte ya la eucaristía pequeña de las mañanas azules que ves amanecer. Las aves migratorias tienen una misión y un destino, reiterativo, absurdo, estúpido si quieres, pero es su misión y es su destino, pues bien, en la vejez, ni tan siquiera esa misión ni ese destino tienes. En vez de eso lo que tienes es una dolencia crónica en la válvula mitral de tu condolido corazón enfermo por la grasa. Envejecer es sobre todo ese estado de quietud cuando te quedas sola con la vida y no posees nada más que tus síntesis omnicomprendivas o tus preguntas tontas de respuesta imposible. Lo peor de la vejez no son las

dolencias ni los achaques, lo peor es que no consigues poder olvidarte de quien no has llegado a ser, de quien querías ser y no pudiste y entonces descubres la decepción de que nada fue lo que parecía y nada es ni será lo que era. Pero no te preocupes por mí, aunque te escriba esta carta que de momento parece reprocharte algo, yo no me lamento, yo sé sobrevivir y te agradezco la vida que me das y que me has dado. Te agradezco que exista el vino blanco y los crepúsculos, estos crepúsculos hermosísimos que producen una luz ámbar que me hechiza y me humedece de alegría de vivir los ojos. Te agradezco que hagas posible que aún me gusten los dibujos animados y me siente con mi nieta Sheyla, (con i griega, dice que con i griega, Le hace mucha ilusión que sea con i griega o debería escribir y griega) (Creo que he usado bien el paréntesis) (Sigo), para ver películas bienintencionadas de la Disney en las que un perro bueno es inteligente, tiene sentimientos humanos y salen niñas con diademas de bisutería y zapatitos con tacón de aguja, y también películas en blanco y negro en las que Marisol canta: "La vida es una tómbola", aunque no soporto, he de confesarte, esas otras que ella trae a veces del video club en las que el Hombre Radioactivo lucha contra el Doctor Cangrejo y otros monstruos. ¿Por qué me gustarán, querido Dios, todavía esas películas tan viejas de Marisol y Marcelino Pan y Vino? ¿Cómo es posible que aún me guste eso y los ojos se me emocionen con lágrimas intensas? Si pienso o veo ciertas cosas mis ojos se emocionan así. Son la parte de mi cuerpo más sensible, más niña, más ebria, más traidora. Mis ojos de maestra jubilada siempre han sido propicios a llenarse de lágrimas cuando me emociono por la cosa más tonta. Algunas veces, cuando atardece, beso una mata de alhábega que tengo en la cocina, Le robo un poco de olor con la mano y me la llevo a la nariz y después miro y repaso muy despacio todas las cosas quietas de mi casa. Entonces, cuando llego a una foto mía de juventud que tengo cogida en la vareta del cristal de un armario con loza, lloro un poquito y, cuando miro otra de al lado en la que está mi esposo en bicicleta, pareciéndose tanto como se parecía en vida a Julio Cortazar montado en bicicleta, lloro más aún y después lloro cuando contemplo el barco de papel encima de un trozo de espejo roto que me regaló mi nieta Sheyla Rocamora Céspedes el día en que cumplí

setenta años. ¡Hasta si pienso en el susurro del agua de las acequias, lloro! Y cuando lloro así, a solas, también me pregunto: ¿Este es el mundo que querías para nuestras esperanzas, Dios? Otro punto y aparte.

Mi amiga Aurora me dijo en una ocasión que si se encontrase algún día contigo, lo primero que haría sería preguntarte por qué pusiste tantos pelos en las axilas de las hembras. Como ves yo tengo otro tipo de preguntas para hacerte, tan tontas posiblemente como la suya. Querido Dios, ¿cómo se llaman los lugares donde volveremos a ser felices? Porque yo creo que volveremos a ser felices otra vez, ¿verdad? ¿Te he dicho ya que lo peor de la vejez son esos ratos en los que de repente lo entiendes todo y que a mí no me gustan esos ratos, esas grandes síntesis omnicomprendivas que le vienen a una sin que ella las pida a la conciencia?, pero las tengo y entonces entiendo que el misterio de la existencia que hiciste para nosotros radica finalmente en el ruido de un aspersor vacío? ¿A dónde nos encaminamos? ¿Qué queremos cruzar, querido Dios? ¿Por que existen las rosas, las yeguas, los destinos? ¿No sería mejor vivir sin los destinos? ¡Son tan duros a veces los destinos! Los destinos me recuerdan siempre a ese caballo que se ve corriendo como un loco por un prado cuando lo sobrevuela un helicóptero. ¿Dónde va ese caballo? ¿Dónde va ese helicóptero? ¿Hay sitios donde huir? ¿Se llega alguna vez? ... Mi otra amiga Carmen sí cree que ha llegado a algún sitio importante. Ha huido, como todos huimos, y al final, ahora, a sus sesenta y cinco años está satisfecha de haber encontrado algo. Me lo dice por carta: ¡Su destino en el mundo! Se metió a una asociación de ANESVAND y se dedica a recorrer los países del planeta Tierra para hablar de la lepra. De vez en cuando me escribe desde Uganda o Shangai unas bonitas cartas que llevan sellos rarísimos y en las que a mitad del folio se pregunta, como yo te pregunto a Ti, (¿Lo he escrito bien a Ti, con mayúscula ti, o deberían ser las dos con mayúsculas TI? Perdona que no lo sepa muy bien) por qué la gente deja de relacionarse con el compromiso del conocimiento y la verdad y se refugia en la telebasura hasta perder la conciencia, y en las que también me describe la belleza de las mezquitas de Burkina Fasso o de los campos de girasoles en Angola. ¿Por qué serán tan preciosos y raros esos sellos de países

en los que nunca vamos a estar? ¿Por qué serán tan bonitas esas cartas de Carmen que de vez en cuando me llegan del extranjero? Más puntos y aparte.

Como ves, querido Dios, yo no sé muchas cosas y me pregunto demasiado a mí misma. Me gusta preguntarme. Si yo fuera más joven te pediría: Danos paciencia para buscar sirenas y que además canten, pero como tengo esta edad que tengo, sólo se me ocurre pedirte respuestas, pedirle a la vida que me resuelva enigmas tipo naïf, mis enigmas ingenuos y profundos. Y otra cosa que pediría a la vida y a TI es que me quitaseis estas arrugas de alrededor de la boca. Odio estas arrugas y cuando voy a salir a misa o al supermercado a comprar un poco de gelatina de arándanos para disolverla en el té, trato de ocultarlas con mucho margaret astor. También te pediría que me sigan sorprendiendo las personas. Las personas me encantan, es lo que más me sorprende del mundo. Nunca me han sorprendido las novelas, ni los terremotos, ni los finales de las películas, ni los music hall, ni las estadísticas para ver si la gente esta de acuerdo con algo, ni tan siquiera los suicidios. Me sorprenden las personas cuando están vivas y hacen las cosas que hacen, cosas humildes, locas y preciosas. En el Hogar del pensionista hay un anestesista jubilado que sabe muy bien dejar que gotee la cuchara de la sopa antes de llevársela a la boca. Me encanta verlo comer sopa. No habla con nadie. Lee el periódico. Se arregla la corbata en el espejo de la entrada. Fuma en el patio y se toma la sopa como se la toma: despacio, muy despacio, dejando que se seque por debajo la cuchara. Deberías verlo, Dios. Te gustaría haber creado un hombre así que sabe dejar tan bien y tan calmadamente que se seque su sopa en el envés del cubierto. También me encantan Peter Pan y el subcomandante Marcos y todos los seres que son distintos y rebeldes en general. Igual que unos ojos no ven lo mismo que otros ojos, yo adoro a ciertos seres. Yo soy de esas personas que quieren que los indios sigan siendo indios y acariciar estatuas de Trajano y ver vivir. Ver vivir a la gente es lo más hermoso que hay, sobre todo cuando estás un poco ebria y con ganas de llorar de agradecimiento a la vida o a TI, querido Dios, que no nos hiciste puros ni perfectos y nos permites emborracharnos dulcemente a veces. Ver como la luz nos baña y haber niños que ríen y

piscinas azules y el olor de las panaderías españolas. Ver a un hombre cruzando en albornoz y en zapatillas la Gran Vía, como una vez vi yo, para dirigirse a una tienda próxima a comprar unos botellines del algo con la intención de reponer en el minibar del hotel lo que había consumido. Y sentada en el parque tener el sentimiento de asombrarme de estar allí viendo gente que pasa llena a veces de luz y de euforia bendita, y ver por una acera la cara de una niña que da saltos menudos y se parece a mí cuando tenía diez años. ¿A dónde va, Señor, toda esa gente que pasa y tiene limpios de grasa los músculos cardiacos? ¿Con qué materia has hecho la irrealidad de los momentos bellos como cuando brilla el sol en las piscinas o en los vasos y hay una alegría? ¿Por qué nos gusta a algunos cuando somos mayores pensar tanto en la vida con una copa de vino frío en la mano y el corazón ardiendo de nostalgia a raudales?

Como ves yo no soy de éstas que se preguntan a una determinada edad: ¿Qué hago aquí en un planeta que ya no comprendo? O esas otras que se precipitan siempre en dejar claro que no se aburren nunca y se preguntan en secreto: ¿Qué va a pasar cuando la industria general de Hollywood no logre distraerme? Yo todavía sueño con manos pintadas de amarillo. A mí todavía me gusta estar aquí admirando los pequeños sucesos que ocurren a mi alrededor y la existencia de esos aviones supersónicos que cruzan la barrera del sonido. Por eso a veces sueño que vuelo sobre los cuerpos resplandecientes de los bañistas en las piscinas y sobre las ciudades del Hemisferio sur. Ya no soy esa niña que tenía diez años, bajaba los parpados, extendía los brazos, daba vueltas con los ojos cerrados y soñaba con nubes infinitas, pero adoro vivir y respirar aire cuando salgo a la calle como recién nacida y seguir mi régimen de un cuarto de pan, tres yogures, cuatro manzanas golden y dos tazas de té al día. Y a veces, Señor, te vienen pequeñas alegrías sin que tú las busques demasiado. Y entonces te gustaría descolgar uno de esos hermosos teléfonos blancos que todavía quedan en los despachos de las escuelas publicas para preguntarte: ¿Por qué hiciste ese milagro de que vivamos y queramos vivir, incluso de que algunos tengamos una visión feliz de un mundo bueno y de que existan lugares en los que no hay campos de concentración y los hombres se amen,

construyan casas, críen hijos, pinten cuadros al óleo, hagan papiroflexia y tengan termostatos y escupideras? ¿Por qué hiciste el milagro del olor de las panaderías? ¿Y por qué, Tú, que has hecho la luz que nos inventa y el alma de los pájaros, tuviste también que hacer la sosa cáustica? Querido Dios ¿Por qué nunca se pueda regresar a nada? ¿Por qué tenemos que vivir aquí siempre como los pumas con radiocollares y por qué nos perdemos, aunque nos guste tanto estar vivos, en esta temperatura que propicia la vida como una mortalidad absurda? Perdona que Te haga tantas preguntas ingenuas, reiteradas y tontas, pero sólo ese tipo de preguntas son las que verdaderamente me interesan. Ultimo punto y aparte. (estoy mareada, Señor)

Ahora esta lloviendo. Ha empezado a llover. ¿Qué pudrirá la lluvia? ¿Qué penumbra de pronto me llevará al olvido? La vida nos va enseñando a morir, querido Dios, y nos va dejando como una lástima dulce de nosotros mismos. Cuando era más joven me preguntaba ¿Por qué les gustará tanto a las personas mayores el peso lento y solemne en los pasos de Semana Santa de los Cristos Cautivos o de la Virgen de las Angustias? Ahora lo sé. No sabía explicártelo, pero tú sabes que lo sé. Como sé también que lo más duro de envejecer es ese sentimiento de que has perdido algo muy importante en el algún sitio y no sabes qué cosa ni qué sitio. Querido Dios, a veces creo que todo es más mentira que real y que debería haber un águila que nos lleve a algún sitio y que deberían llover lagrimas o existir inyecciones que succionen la grasa de nuestro corazón. Por eso escribo estas palabras como si fueran a salvarnos de algo a Ti y a mí, porque Tú también necesitas que algo o alguien te salve. Pobre Dios con toda tu soledad a cuestas y sin vasos con whisky ni cigarrillos rubios parado en algún lugar sin ángeles ni prisa, pobre Dios eterno en el dolor de no decirnos nada, pero a pesar de todo yo sé que albergas el secreto de nuestra salvación. ¡Qué palabra más bonita!: ¡Salvación!, ese concepto: Salvación. Salvación es una palabra que siempre debería escribirse con mayúscula. Es como una dicción sin boca que la abarque. Y yo estoy aquí, terminando esta carta en esta noche lluviosa en la que no llueven las lágrimas que deberían llover por Ti y por mí. Debería llover un poco de amnesia de vez en cuando sobre estos restos de carnaval

que son la vida de las personas mayores. Aunque me consuelo con la redención de que en Radio Nacional estén emitiendo ahora mismo un vals muy melancólico de Sibelius y desde un armario lleno de loza que tengo sin estrenar haya una foto mía que me mira terminar esta carta de maestra jubilada como queriéndome con compasión. ¿Puede una foto querernos con compasión? Yo creo que sí. Algunas fotos nuestras nos miran así: con compasión, y en otras es al revés, somos nosotros quienes nos compadecemos de ellas. Esto es todo por hoy, querido Dios, ahora tengo sueño y estoy muy mareada. Soy un corazón quieto en una habitación blanca y el mármol que se raja en los templos vacíos. Querido Dios, debería sembrar rosas en las grietas de algún glaciar azul. Haz que me duerma fácil esta noche de mayo sin estrellas y sueño con ser niña, muchacha jovencísima que corre por un prado o vuela en aeroplanos de hojalata. ¡Deberían llover mil lágrimas de amnesia!